

Jorge Amado

# Gabriela, clavo y canela

Crónica de una ciudad  
del interior

Traducción de  
Rosa Corgatelli y Cristina Barros

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Gabriela, cravo e canela*  
Traducción de Rosa Corgatelli y Cristina Barros

Primera edición: 1981  
Quinta edición, con nueva traducción: 2016

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard  
Imagen: © Album

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Copyright © 2008, Grapiúna Produções Artísticas Ltda. Published in Brazil by Editora Companhia das Letras, Sao Paulo. All rights reserved  
© de la traducción Grupo Editorial Planeta SAIC, Argentina, 2007  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981, 2016  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-9104-323-2  
Depósito legal: M. 386-2016  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## Nota del editor

Esta novela contiene varios nombres de personajes, animales, plantas, comidas, etc., conocidos en Brasil, pues forman parte de su acervo sociocultural, pero con los cuales el público de habla castellana quizá no esté tan familiarizado. Por eso se ha compuesto, a manera de guía y para mejor comprensión de la obra, un glosario que los lectores interesados podrán encontrar al final del libro.



*Para Zélia sus celos,  
sus cantares, sus penas,  
el claro de luna de Gabriela  
y la cruz de mi amor.*

*Para Alberto Cavalcanti  
la imagen de Gabriela  
bailando, riendo, soñando.  
Para el maestro Antônio Bulhões  
con toda consideración  
su perfume a clavo.  
Para Moacir Werneck de Castro  
muchacho bien parecido,  
en testamento dejó  
sus suspiros Gabriela  
ay.*

*Y para los tres juntos  
la amistad del autor.*

*(del Testamento de Gabriela)*



El perfume del clavo,  
el color de la canela,  
yo vine de lejos,  
vine a ver a Gabriela.

(Copla de la zona del cacao)





Esta historia de amor –por curiosa coincidencia, como diría doña Arminda– comenzó el mismo día diáfano, de sol primaveral, en el que el hacendado Jesuíno Mendonça mató, a tiros de revólver, a doña Sinhazinha Guedes Mendonça, su esposa, exponente de la sociedad local, morena tirando a gorda, muy dada a las fiestas de iglesia, y al doctor Osmundo Pimentel, dentista cirujano llegado a Ilhéus pocos meses antes, joven elegante, con pretensiones de poeta. Aquella mañana, antes de que la tragedia conmoviera a la ciudad, la vieja Filomena había cumplido su antigua amenaza y abandonado la cocina del árabe Nacib, para marcharse, en el tren de las ocho, hacia Água Preta, donde prosperaba su hijo.

Como opinó después João Fulgêncio, hombre de mucho saber, dueño de la Papelería Modelo, centro de la vida intelectual de Ilhéus, el día fue mal elegido, tan hermoso, el primero de sol tras la larga temporada de las lluvias, sol como una caricia sobre la piel. No era un día apropiado para derramar sangre. Como, no obstante, el *coronel* Jesuíno Mendonça era hombre de honor y determinación, poco afecto a lecturas y a razones estéticas, tales consideraciones ni siquiera le pasaron por la cabeza dolorida por los cuernos. Apenas los relojes dieron las dos de la tarde, hora de la siesta, él –que apareció inesperadamente, ya que todos lo creían en su hacienda–

despachó a la bella Sinhazinha y al seductor Osmundo de dos tiros certeros a cada uno. Logró así que la ciudad olvidara los demás asuntos dignos de comentar: el barco de la Costeira que había encallado durante la mañana en la entrada del puerto; la inauguración de la primera línea de ómnibus que uniría Ilhéus con Itabuna; el reciente gran baile del Club Progreso, e incluso la apasionante discusión planteada por Mundinho Falcão<sup>1</sup> sobre el tema de las dragas para la entrada del puerto. En cuanto al pequeño drama personal de Nacib, que de pronto se encontró sin cocinera, sólo sus amigos más íntimos tomaron conocimiento inmediato, aunque sin darle mayor importancia. Todos se concentraban en la tragedia que los emocionaba, la historia de la mujer del hacendado y el dentista, ya fuera por la clase alta a la que pertenecían los tres personajes involucrados, ya por la riqueza de detalles, algunos picantes y sabrosos. Porque, a pesar del difundido y envanecedor progreso de la ciudad («Ilhéus se civiliza a un ritmo impetuoso», había escrito el doctor Ezequiel Prado, gran abogado, en el *Diário de Ilhéus*), todavía se comentaban, sobre todas las cosas, en aquellas tierras, las violentas historias de amor, celos y sangre. Se iban perdiendo, con el paso del tiempo, los ecos de los últimos disparos intercambiados en las luchas por la conquista de la tierra, pero de aquellos años heroicos había quedado un gusto por la sangre derramada que corría por las venas de los *ilheenses*. Y ciertas costumbres: la de alardear de valentía, cargar revólveres día y noche, beber y jugar. Ciertas leyes también regían sus vidas. Una de ellas, de las más indiscutidas, volvió a cumplirse aquel día: el honor de un marido en-

---

1. «Mundinho» es diminutivo de Raimundo; también puede interpretarse como «mundito». El apellido, Falcão, significa «halcón». (*N. de las T.*)

gañado sólo podía lavarse con la muerte de los culpables. Venía de tiempos antiguos, no estaba escrita en ningún código, sino sólo en la conciencia de los hombres, dejada por los señores de antaño, los primeros que talaron montes para plantar cacao. Así era en Ilhéus, en aquellos tiempos de 1925, cuando florecían las plantaciones en las tierras abonadas con cadáveres y sangre y se multiplicaban las fortunas, cuando se establecía el progreso y se transformaba la fisonomía de la ciudad.

Tan profundo era ese gusto por la sangre que el propio árabe Nacib, afectado de pronto en sus intereses por la partida de Filomena, olvidaba tales preocupaciones para volcarse por entero en los comentarios del doble asesinato. Se modificaba la fisonomía de la ciudad, se abrían calles, se importaban automóviles, se construían palacetes, se cavaban caminos, se publicaban periódicos, se fundaban clubes, se transformaba Ilhéus. Pero lentamente evolucionaban las costumbres, los hábitos de la gente. Así ocurre siempre, en todas las sociedades.



# Primera parte

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN BUEN BRASILEÑO  
(NACIDO EN SIRIA)  
EN LA CIUDAD DE ILHÉUS,  
EN 1925,  
CUANDO FLORECÍA EL CACAO E IMPERABA EL PROGRESO,  
CON  
AMORES, ASESINATOS, BANQUETES, PESEBRES,  
HISTORIAS VARIADAS PARA TODOS LOS GUSTOS,  
UN REMOTO PASADO GLORIOSO  
DE NOBLES SOBERBIOS Y ORDINARIOS,  
UN PASADO RECIENTE  
DE HACENDADOS RICOS Y FAMOSOS *JAGUNÇOS*,  
CON  
SOLEDADE Y SUSPIROS, DESEO, VENGANZA, ODIOS,  
CON  
LLUVIAS Y SOL  
Y  
CON  
CLAROS DE LUNA, LEYES INFLEXIBLES, MANIOBRAS POLÍTICAS,  
EL APASIONANTE CASO DEL CANAL DEL PUERTO,  
CON  
PRESTIDIGITADOR, BAILARINA, MILAGRO  
Y  
OTRAS MAGIAS  
O  
UN BRASILEÑO DE LAS ARABIAS



## Capítulo primero La languidez de Ofenísia

(Que aparece muy poco,  
pero no por eso es menos importante)

En este año de impetuoso pro-  
greso...

(de un periódico de Ilhéus, 1925)





RONDÓ DE OFENÍSIA

*Escucha, oh, mi hermano,  
Luíz Antônio, caro hermano:*

*Ofenísia en la terraza  
balanceándose en la hamaca.  
El calor y el abanico,  
la brisa dulce del mar,  
criada en un dormitorio.  
Ya iba a cerrar los ojos  
cuando el rey apareció:  
barbas de tinta negra,  
¡oh, resplandor!*

*El verso de Teodoro,  
la rima para Ofenísia,  
el vestido traído de Río,  
el corsé y el collar,  
mantilla de seda negra,  
el sagüí que me diste,  
¿todo eso de qué sirve,  
Luíz Antônio, caro hermano?*

*Son brasas sus ojos negros  
(—¡Son ojos de emperador!),*

*han incendiado mis ojos.  
Sábana de sueño sus barbas  
(-¡Barbas imperiales!)  
para mi cuerpo envolver.  
Con él me quiero casar  
(-¡Con el rey no te puedes casar!),  
con él quiero descansar  
y entre sus barbas soñar.  
(-¡Ay, hermana, nos deshonras!)  
Luíz Antônio, caro hermano,  
¿por qué no me matas ya?*

*No quiero al conde ni al barón,  
señor de ingenio no quiero,  
ni los versos de Teodoro,  
no quiero claveles ni rosas  
ni pendientes de diamantes.  
¡Sólo quiero las barbas,  
tan negras, del emperador!  
Caro hermano, Luíz Antônio,  
de la casa ilustre de los Ávila,  
escucha, oh, caro hermano:  
si concubina no fuera yo  
del señor emperador,  
en esta hamaca moriría  
de desazón.*

## Del sol y de la lluvia con pequeño milagro

Aquel año de 1925, cuando floreció el idilio de la mulata Gabriela y el árabe Nacib, la estación de las lluvias se había prolongado tanto más allá de lo normal y necesario que los hacendados, como una bandada asustada, se cruzaban en las calles preguntándose unos a otros, el miedo en los ojos y en la voz:

–¿No va a parar nunca?

Se referían a las lluvias; jamás se había visto caer tanta agua de los cielos, día y noche, casi sin intervalos.

–Una semana más y todo estará en peligro.

–La cosecha entera...

–¡Dios mío!

Hablaban de la cosecha que se había anunciado como excepcional, pues superaría de lejos a todas las anteriores. Con los precios del cacao en constante alza, significaba todavía mayor riqueza, prosperidad, abundancia, dinero a raudales. Hijos de los coroneles que estudiarían en los colegios más caros de las grandes ciudades, nuevas residencias para las familias en las nuevas calles recién abiertas, muebles de lujo mandados traer desde Río, pianos de cola para lucir en los salones, comercios bien provistos, todo multiplicándose, crecimiento de la economía, bebidas corriendo en los cabarés, mujeres recién

desembarcadas, juego en los bares y los hoteles, el progreso, en fin, la tan mentada civilización.

¡Y pensar que esas lluvias, ahora demasiado copiosas, amenazadoras, diluviales, se habían demorado en llegar, se habían hecho esperar y rogar! Meses antes, los coroneles elevaban los ojos hacia el cielo límpido en busca de nubes, de señales de lluvia próxima. Crecían los cultivos de cacao, que se extendían por todo el sur de Bahía, a la espera de las lluvias indispensables para el desarrollo de los frutos recién nacidos, que reemplazaban las flores de los cacaotales. La procesión de San Jorge, aquel año, tenía el aspecto de una ansiosa promesa colectiva al santo patrono de la ciudad.

Su rico palanquín, bordado en oro, era llevado en los hombros orgullosos de los ciudadanos más notables, los más importantes hacendados, vestidos con el sayo rojo de la cofradía, lo que no es poco decir, ya que los coroneles del cacao no se distinguían por su religiosidad, no frecuentaban iglesias, eran rebeldes a la misa y a la confesión, pues dejaban esas flaquezas a las mujeres de la familia:

–La iglesia es cosa de mujeres.

Se contentaban con atender los pedidos de dinero del obispo y de los curas para destinarlo a obras y esparcimiento: el colegio de las monjas en el alto de la Victoria, el palacio diocesano, escuelas de catecismo, novenas, mes de María, quermeses, fiestas de San Antonio y de San Juan.

Aquel año, en lugar de quedarse bebiendo en los bares, estaban todos en la procesión, vela en mano, contritos, prometiendo el oro y el moro a San Jorge a cambio de las preciosas lluvias. La multitud, detrás de los palanquines, acompañaba por las calles los rezos de los padres. Ataviado, las manos unidas para la oración, el rostro compungido, el padre Basilio elevaba la voz sonora

entonando las plegarias. Había sido elegido para la importante función por sus eminentes virtudes, por todos consideradas y estimadas, así como por ser el santo hombre propietario de tierras y plantaciones, directamente interesado en la intervención celestial. Rezaba, entonces, con redoblado vigor.

Las solteronas, numerosas, que rodeaban la imagen de Santa María Magdalena, retirada en la víspera de la iglesia de San Sebastián, para acompañar el palanquín del santo patrono en su recorrido por la ciudad, se sentían transportadas en éxtasis ante la exaltación del padre, en general apresurado y bonachón, que despachaba su misa en un abrir y cerrar de ojos, confesor poco atento a lo mucho que ellas tenían para contarle, tan diferente del padre Cecilio, por ejemplo.

Se elevaba la voz vigorosa e interesada del padre en la oración ardiente, se elevaba la voz gangosa de las solteronas, el coro unánime de los coroneles, sus esposas, hijos e hijas, los comerciantes, exportadores, trabajadores venidos del interior para la fiesta, braceros, hombres de mar, mujeres de la vida, empleados de comercio, jugadores profesionales y vagos diversos, los niños del catecismo y las muchachas de la Congregación Mariana. Subía la plegaria hacia un diáfano cielo sin nubes, donde, asesina bola de fuego, quemaba un sol impiadoso, capaz de destruir los brotes recién nacidos del cacao.

Ciertas señoras de la sociedad, cumpliendo una promesa concertada durante el último baile del Club Progreso, acompañaban la procesión con los pies descalzos, ofreciendo al santo el sacrificio de su elegancia, para pedirle lluvia. Se murmuraban promesas diversas, se apremiaba al santo, no podía admitírsele demora alguna, pues él bien veía la aflicción de sus protegidos; era un milagro urgente el que le pedían.